

R E C E N S I O N E S

POLONIUS: *Keine Angst vor Sowjet-Russland!* Bei Kurt Wowinckel, Heidelberg, 1951.
127 páginas.

El mundo occidental experimenta un temor angustioso ante el gigante ruso. Ante él se siente débil e impotente, se encuentra fascinado como el pajarillo por la serpiente, hipnotizado. Esta hipnosis es un efecto de la propaganda rusa y, sobre todo, de la propia propaganda durante la segunda Guerra Mundial, cuando Rusia era el aliado victorioso. Pero es preciso salir de esa hipnosis. Y el medio para lograrlo es una consideración realista y objetiva del coloso ruso. El conocimiento ecuaníme y verdadero de sus fuerzas y de sus debilidades disipará con facilidad, como infundado, aquella angustia y aquel temor.

Todas las campañas emprendidas contra Rusia en el curso de la Historia han terminado en un rotundo fracaso. Sin embargo, este fracaso no fué debido a una verdadera derrota militar. El ejército ruso no llegó a presentar batalla, ni obtuvo nunca una verdadera victoria. Recurrió a la táctica de retirarse indefinidamente, de modo que el adversario no encontrase nunca enemigo con quien luchar, sino tan sólo «tierra quemada», se dispersase en el inmenso espacio ruso, y luego pudiese ser envuelto y atacado por guerrilleros. Dos elementos ayudaron siempre al ejército ruso en la lucha contra sus invasores: el espacio y el clima.

El gran coloso ruso está integrado por una extensión enorme de tierras sin solución de continuidad. Todas estas tierras han estado siempre regidas por un fuerte poder central: el del Moscú de los zares o el del Moscú rojo. Las campañas dirigidas contra él le han atacado siempre siguiendo tan sólo uno de los radios que le unen a la perife-

ria. Esto permitía al poder central replegar todas sus fuerzas a lo largo de los restantes radios y reunir las en el centro, organizando la defensa. La campaña fracasaba. Para que una campaña *puramente* militar contra Rusia tuviera éxito, sería preciso que se llevase a cabo un ataque concéntrico, simultáneo, a lo largo de todos los radios hacia la residencia del poder central. Pero no hay ningún poder en este mundo que esté capacitado para efectuar ese ataque.

Sin embargo, el gobierno de Rusia ha pasado por distintas manos, y en ella se han verificado diversos cambios de régimen. En 1480, la «Horda de Oro» pierde su poder y es expulsada por el príncipe de Moscú, que, por medio de intrigas políticas y del aniquilamiento físico, elimina a los pequeños príncipes que están junto a él. En 1613, la dinastía de los Romanov alcanza el poder por una intriga palatina. En 1917, la nueva dinastía de los zares rojos, Lenin y Stalin, consigue destruir la antigua dinastía y recoger su poder absoluto. Todos estos hechos demuestran que es posible vencer a Rusia y dominarla, pero con medios políticos y atacando el poder central. Ya Schiller decía, por boca de su personaje el rey Segismundo, en su obra *Demetrio*, que «Rusia tan sólo puede ser conquistada por Rusia».

La campaña alemana contra Rusia fracasó también, como las campañas anteriores. Pero no deben olvidarse algunos hechos. El ejército ruso fué sangrientamente batido por poco más de la mitad del pequeño ejército alemán en 1941, y se le hicieron tres millones de prisioneros. La mayor y más valerosa infantería del mundo no habría po-

dido obtener la victoria sin la gigantesca ayuda americana «en armas (¡toda la industria roja de armamento no había podido crearlas!), en material (¡todos los recursos minerales de la Unión Soviética no habían bastado!), en viveres (¡los soldados de este país, económicamente el más rico, padecieron hambre!) y en supuestos estratégicos (¡por primera vez, las victorias aliadas en Africa, Italia y Francia hicieron desmayar el frente oriental alemán!)» (págs. 22-23). La ofensiva soviética no fué posible hasta la recepción de esta ayuda americana, a pesar de que Alemania había ya perdido políticamente la guerra en el invierno de 1941-42. No obstante la rotura del frente alemán, el ejército rojo sólo había conquistado una cuarta parte de los territorios que hoy ocupa, cuando Roosevelt dió la orden a las vanguardias aliadas de que se detuvieran, en beneficio de los amigos orientales. Tampoco habría llegado a Berlín si no se considerase a la capital del Reich como un asunto accesorio y se la hubiese dejado a la izquierda. Además, Hitler cometió graves errores. Pudo convertir la campaña alemana contra la Unión Soviética en una guerra de liberación del pueblo ruso de la tiranía del régimen bolchevique. Eso dependía de una sola palabra suya. Pero no pronunció esa palabra. Cegado, como los demás imperialistas, sólo pensó en el petróleo y en las materias primas, y, en vez de una guerra de liberación, empleó los métodos de una guerra colonial. Cientos de miles de soldados rusos prisioneros, millones que se pasaron a las filas alemanas y se presentaron voluntarios para combatir la tiranía soviética. En vez de formar con ellos divisiones para combatir al ejército rojo y suscitar, además, la adhesión y la rebelión de sus compatriotas, Hitler los envió a campos de concentración, donde se irían muriendo de hambre.

Rusia es un gigante. Pero la grandeza ofrece también sus inconvenientes y sus puntos débiles. El sistema de los medios de comunicación ruso es muy pobre en líneas. En un país como Inglaterra o Francia, con un sistema denso de medios de comunicación, la destrucción de un puente o de una línea de ferrocarril por un ataque aéreo o un acto de sabotaje no ocasiona una perturbación irreparable: el tráfico se desvía por otras líneas próximas o paralelas. Pero

en un país como la Unión Soviética, la perturbación causada es irreparable. No existen líneas próximas o paralelas a las cuales trasladar el tráfico. Su traslado a líneas lejanas trae consigo una enorme pérdida de tiempo y una terrible congestión del tráfico en estas líneas. Para evitar estos inconvenientes, durante la segunda Guerra Mundial, miles de mujeres y niños rusos han sido forzados a trasladar a cuevas municiones, a través de muchos kilómetros, allí donde se había interrumpido una línea de ferrocarril o faltaban medios de transporte.

Toda la red de carreteras rusa depende de las estaciones. En primavera y en otoño, todos los caminos son intransitables. Los rusos denominan a estas estaciones *Raspuzje*, carencia de camino. En ellas es imposible tanto la defensa como el ataque. En verano, los caminos están libres y los ríos han vuelto a su cauce normal. Pero, por lo mismo, todo puente destruido representa un grave obstáculo, y el polvo negro de la estepa es un terrible enemigo. Por el contrario, en invierno, debido a la nieve, toda Rusia se convierte en camino. Por eso el ejército ruso ha elegido siempre esta estación para desencadenar ofensivas. Y ha sido un error común de todos los invasores, engendrado por el temor al terrible invierno continental, llevar a cabo sus ofensivas en verano.

Si Rusia atacara a la Europa occidental, sus bases de aprovisionamiento y sus fábricas de armas quedarían muy alejadas de los frentes de batalla y estarían unidas a ellos por muy pocas líneas, largas y vulnerables. Las grandes distancias que tendrían que recorrer los transportes debilitarían el ataque y el espíritu de ataque. Ocasionarían, además, una gran pérdida de tiempo en los transportes y exigirían un gran número de éstos, y muy rápidos. La pérdida de locomotoras y vagones en un trozo particular produciría danos muy sensibles.

La densidad desigual de la población y la distribución desigual de los recursos minerales hacen que la mayor parte de la industria pesada soviética, y por tanto, también la industria de guerra, se halle situada tras el Ural, en el distrito de Kusnetzki, en el territorio de Swerdlowsk-Magnitogorsk, donde, debido a la gran distancia a que se encuentran los yacimientos de carbón y hierro, la rentabilidad es negativa en circunstancias

normales. Todos estos centros industriales están unidos con el Occidente por muy pocas líneas férreas, que se pueden alcanzar fácilmente desde China, Persia o Turquía. Los sectores del territorio ruso donde el tráfico es más espeso pueden sufrir congestiones por las exigencias de la guerra. Trotski se vió forzado, durante la guerra civil, en Leningrado, a volar mil vagones para dejar libre el paso a nuevos transportes. Durante la guerra de invierno con Finlandia, en 1940, la reagrupación de fuerzas militares soviéticas en Leningrado, a consecuencia de los cálculos erróneos de Shdanov, ocasionó la carencia de víveres y de calefacción en Moscú durante una semana, e incluso los dos hoteles privilegiados de extranjeros sólo ofrecieron comidas mezquinas.

Rusia no es un Estado unitario, dotado de una población homogénea. Dentro de ella aparecen englobados muchos pueblos, sometidos por la fuerza de las armas en un tiempo relativamente próximo. Estos pueblos, entre los que se cuentan los ucranianos, la tribu cosacas, los tártaros de Crimea, los pueblos del Cáucaso —para no hablar de los lituanos, estonianos y letones—, no han dejado de aspirar nunca a la libertad, ni abandonado su voluntad propia en los torrentes de sangre, ni dejado de oponer una resistencia heroica a la rusificación. Pero a la enemistad de estos pueblos contra el poder central añadió el régimen soviético la enemistad de toda la enorme masa del pueblo ruso por el terror sangriento del M. W. D. (antes la G. P. U., la N. K. W. D.), y, en especial, la de los deportados, arrestados y D. P's, que llegan a la cifra increíble de más de treinta millones de hombres, mujeres y niños. Estos treinta millones de desterrados, arrestados, D. P's y trabajadores forzosos son el enemigo más temible del régimen soviético, constituyen la quinta columna más peligrosa y penden, como una espada de Damocles, sobre el porvenir de Moscú» (pág. 43).

El ataque alemán contra Rusia obligó a Stalin a plegarse y a dar satisfacción a los sentimientos y creencias profundamente arraigadas en el pueblo ruso. Se declaró la resistencia contra el invasor como una lucha por la independencia de la patria. Se proclamó la guerra contra el atacante alemán como una guerra nacional, no comunista ni ideológica: como la «Segunda Gue-

rra de la Independencia». Las ideas y consignas comunistas no hallaban eco en el alma del pueblo. Para despertar la lucha entusiasta del pueblo ruso contra el atacante alemán, Stalin se vió forzado a hablar, no de una guerra por el triunfo universal del marxismo, sino de una guerra en defensa de la patria. Las emisoras de radio y los periódicos empezaron a hablar y a elogiar a una serie de príncipes y héroes del tiempo de los zares, figuras legendarias cuyas imágenes permanecían vivas y eran objeto de admiración y veneración en el alma del pueblo ruso. El ejército ruso sufrió también una honda transformación. En realidad, hoy ya no puede hablarse de ejército rojo. El ejército rojo fué destruido totalmente en el primer choque con el ejército alemán en 1941. El actual ejército ruso ya no es un ejército comunista, sino un ejército nacionalista. Desaparecieron los comisarios. El oficial o el jefe es el único que da las órdenes y que responde de ellas (pág. 55). Desaparecieron también todos los vestigios de la igualdad socialista. Se restablecieron los grados y jerarquías, los uniformes y las condecoraciones zaristas o inspiradas en la época zarista. El oficial ya no es camarada del soldado, sino superior, autoridad. Se crearon academias para enseñar a los oficiales baile y buenas maneras. Cuando un oficial del ejército ruso llega a una ciudad de Europa ocupada, lo primero que hace es visitar al mejor sastre y encargarle un uniforme del mejor género (pág. 56). El carácter nacionalista del nuevo ejército ruso se manifiesta en dos hechos: el grado de general lo ostentan tan sólo rusos, no poseyéndolo ningún ciudadano de alguna otra de las Repúblicas Socialistas Soviéticas; en el ejército sólo se habla el idioma ruso, de modo que un lituano que pertenece al ejército no puede hablar en su idioma, mientras que, en la esfera administrativa, el ruso no posee este carácter de idioma oficial, y así, a un funcionario ruso que ejerce sus funciones en Lituania, por ejemplo, se le dirige la palabra en lituano, y él contesta en este idioma. El ejército ruso puede ser un magnífico aliado de las Potencias occidentales contra el régimen soviético. Stalin siente recelo y temor ante sus mariscales y generales. La red de espionaje de la M. W. D. se extiende también por el ejército.

Para que las consignas y proclamaciones

patrióticas contra el invasor alemán encontrasen un vivo eco en el alma del pueblo, era preciso dar satisfacción a los sentimientos y creencias indestructiblemente arraigados en ella. y, en primer lugar, a las creencias y sentimientos religiosos. Además, la religión podía constituir un poderosísimo aliado en la lucha por la independencia de la patria. Entonces, Stalin, haciendo gala de una de sus más preciosas virtudes, la flexibilidad, llevó a cabo la restauración de la Iglesia ortodoxa. Designó una serie de personas de confianza para dignatarios de la Iglesia restaurada. Entre los designados, había muchos incrédulos, e incluso ateos. Fue preciso la creación de seminarios donde se enseñase a los nuevos dignatarios, por lo menos, las ceremonias del culto. Las dignidades eclesiásticas prestaron un extraordinario apoyo y estímulo a la «Segunda Guerra de la Independencia». Pero la restauración de la Iglesia ortodoxa significa un grave peligro para el Estado soviético. Aun siendo incrédulos o ateos, los nuevos dignatarios, a partir de su nombramiento y consagración, ingresan en una nueva organización y quedan sometidos a la dialéctica de ésta. Se ven forzados a actuar en representación de los intereses de la nueva organización a que pertenecen. La dialéctica de toda organización eclesiástica, de toda Iglesia, la lleva a acentuar su independencia frente al Estado, e incluso su rebeldía si éste hace determinada política. La organización de la nueva Iglesia ortodoxa tenderá a convertirse en una sociedad independiente frente al Estado soviético, e incluso rebelde, puesto que el Estado soviético despliega, por principios, una política antirreligiosa, sectaria y atea. Las potencias occidentales tienen, pues, en la Iglesia ortodoxa restaurada un poderosísimo aliado, dentro de Rusia, contra el Estado soviético. De su acertada política depende que lo sea efectivamente. La Iglesia ortodoxa restaurada sólo se uniría estrechamente al Estado soviético si las potencias occidentales, aceptando la posición de la Iglesia ortodoxa emigrada, no reconocieran a los nuevos dignatarios de la Iglesia ortodoxa restaurada por Stalin.

El Estado soviético ha desarrollado una gigantesca burocracia. Pero de más de diez millones de funcionarios, sólo 4,6 millones son miembros del Partido comunista, y tan sólo hay un activista o comunista fanático

por cada diez kilómetros cuadrados. Los demás, como todos los burócratas o funcionarios, están con el régimen bolchevique, pero estarían igual con un nuevo régimen que les garantizase la permanencia en sus empleos y en sus prerrogativas. En cambio, defenderían con todas sus fuerzas el régimen bolchevique si creyeran que el nuevo régimen iba a desposeerlos de aquellos empleos y prerrogativas. Sería, pues, un gravísimo error de las potencias occidentales anunciar que, en la hipótesis de la destrucción del régimen bolchevique, sus funcionarios serían destituidos o expulsados. Por el contrario, debe proclamarse que los funcionarios conservarían sus cargos y no serían sometidos a ninguna depuración colectiva.

Cuatro millones seiscientos mil comunistas tienen dominados a más de doscientos millones de rusos. Representan, pues, una pequeña minoría. Pero esta minoría se reduce casi a cero si se piensa que esos 4,6 millones de miembros del Partido comunista tienen que estar repartidos por el inmenso territorio de la U. R. S. S. Se preguntará entonces cómo es posible que un grupo tan pequeño de hombres tenga dominada y sujeta a una masa tan gigantesca. Ello es posible por el imperio del terror más absoluto: el terror de la M. W. D. Es el terror más sádico y, al mismo tiempo, más científico que ha conocido la Historia. La hipótesis de una sublevación del pueblo ruso contra la tiranía del régimen bolchevique debe rechazarse como totalmente imposible. Cada ruso desconfía de todos: su padre, su esposa, su amigo, puede ser un espía de la M. W. D. Pero si una sublevación puramente interior es totalmente imposible, no lo es, en cambio, sino, por el contrario, muy fácil, cuando se produce un ataque militar desde el exterior. Entonces, aquellos 4,6 millones de comunistas no podrán controlar la enorme masa de sus sometidos.

Los países satélites giran hoy en la órbita del imperialismo soviético, pero la población de dichos países está al lado de las potencias occidentales. Como dice Polonius, en los países sometidos al yugo comunista no hay comunistas; es en los países no comunistas, que no conocen ni tienen la experiencia de lo que es el comunismo, donde se encuentran comunistas fanáticos. Incluso antiguos dirigentes comunistas de los países satélites, que han cooperado en la instaura-

ción del régimen comunista en sus patrias, se dan hoy cuenta de su grave error y sienten un profundo arrepentimiento y una trágica desesperación por el terrible daño que han hecho a su patria. La población de los países satélites no se ha entregado todavía al comunismo, al cual sigue ofreciendo resistencia. Sigue pensando en la recuperación de su antigua libertad. De vez en cuando circula por Varsovia o Praga el rumor de que París o Londres, o tal vez Washington, van a liberarlos, en cumplimiento de aquella garantía que les fué dada, de su independencia (pág. 92). Mientras se mantenga esta esperanza de que las potencias occidentales no la abandonarán definitivamente en manos de Rusia, en el caso de una guerra de las potencias occidentales con la U. R. S. S., la población de los Estados satélites lucharía unánime y desesperadamente al lado de las potencias occidentales contra la tiranía soviética.

La expansión de Rusia por Europa es una de las causas que más contribuyen y contribuirán al debilitamiento y resquebrajamiento del régimen soviético. Los soldados de las fuerzas de ocupación se dan cuenta entonces de la mentira de la propaganda bolchevique (pág. 85): de que un obrero de un país ocupado vive mucho mejor que un jefe soviético. De nada vale que se tengan acuarteladas en zonas o barrios separados y que se evite cuidadosamente todo contacto de las fuerzas de ocupación con la población de los países ocupados; de nada vale que se interne por una temporada en un campo de reeducación comunista a los soldados del ejército de ocupación que regresan a su patria antes de permitirles su reincorporación a la vida y a la sociedad rusas; de nada vale que se pongan letreros y anuncios advirtiendo a los rusos que desconfíen y no presten fe a las noticias y a los relatos de los que regresan a la patria (¡buena manera de recibir a los combatientes victoriosos!, dice Polonius) (pág. 86). De los soldados del ejército de ocupación llegan a sus parientes, residentes en los lugares más diversos y lejanos de Rusia, cartas con noticias y relatos, o por lo menos, objetos cogidos como botín o adquiridos en los países «capitalistas», que constituyen la mejor propaganda contra el régimen bolchevique. Después de haber conocido la dulzura de la

vida en los países capitalistas, los repatriados ya no podrán olvidarla nunca.

Si Stalin se decidiera un día a lanzar sus ejércitos a una ofensiva contra la Europa occidental, los metería en un callejón sin salida. La superioridad naval y aérea anglo-americana haría imposible la invasión de las Islas Británicas. El ejército ruso sería machacado por la aviación americana en los pasos de los Alpes o los Pirineos. Recuerdese, además, lo que hemos dicho anteriormente a propósito de los transportes; una destrucción de locomotoras igual a la que sufrió Alemania en el último período de la guerra por efecto de los ataques aéreos, sería suficiente para paralizar todo el ataque ruso.

En el último capítulo describe Polonius cómo deberá realizarse la ofensiva del mundo occidental contra Rusia. (Las potencias occidentales no pueden renunciar a llevar a cabo esa ofensiva, porque el ataque es la mejor defensa y por evitar la situación en que, en otro caso, quedaría la Europa occidental.) Pero advierte que no ha tratado de sustituir a los generales de Estado Mayor, trazando un plan estratégico de lo que debe ser el ataque del mundo occidental contra Rusia, sino, tan sólo, un esquema de cómo debería ser la guerra y cómo podría alcanzarse la victoria. No puede vencerse a Rusia con una guerra puramente militar y de conquista, sino con una guerra política, de liberación, y apoyándose en elementos interiores.

El autor del libro utiliza el seudónimo Polonius por razones de seguridad. Ha sido un hombre de Estado europeo, que conoce perfectamente el ruso y ha vivido muchos años en Rusia. Es un verdadero europeo. Por eso no puede menos de rechazar con odio y repugnancia un régimen como el soviético, que desconoce el valor de la vida y la persona humanas, que construye sus grandes obras públicas al precio de indescriptibles dolores y tormentos, y luego, de la muerte de millones de seres encerrados en campos de trabajos forzados y enviados allí, la mayor parte, no por delito alguno, sino por ser una mano de obra gratuita necesaria para la construcción de aquellas obras; que ha convertido a sus súbditos en una enorme masa de esclavos, sometida a una esclavitud muchísimo más dura que la esclavitud de la Edad Antigua, y los mantie-

BIBLIOGRAFIA

ne dominados y obedientes por el terror más absoluto, cruel e inhumano que ha conocido la Historia; que trata al hombre como un simple factor de la producción, carente de alma, y lo reduce a un objeto sin voluntad de sus experimentos utópicos. Polonius no es un «neutralista», sino que tiene un magnífico espíritu combativo. Se da perfecta cuenta de los terribles peligros que el régimen soviético encierra para Europa y para la Humanidad entera: que conduce a la destrucción del hombre. Comprende que sería convertirse en cómplices del enorme crimen que el régimen soviético comete, de los sufrimientos y miserias humanas que engendra, si no se le combatiera y pretendiera destruirse.

En esta reseña hemos expuesto tan sólo el

esquema lógico que responde al título del libro. Pero el libro estudia, además, otra serie de interesantes asuntos. Es una obra que merece leerse, escrita con un estilo vivo y animado, que en algunos momentos, en la descripción de la ofensiva del mundo occidental contra la Unión Soviética, alcanza un magnífico sabor apocalíptico. Narra algunas anécdotas y no nos fatiga con largas estadísticas. Su lectura es amena. No fué compuesta con pretensiones científicas, pero el autor está dispuesto a dar todos los datos y las pruebas sobre las que se apoya su libro a todo aquel que desee conocerlos si escribe a la dirección: Polonius, Wolfsbrunnenweg 36, Heidelberg.

JOSÉ CAAMAÑO MARTÍNEZ.

J. M. DE PRÉMONVILLE, P. DAUDY, S. BROMBERGER, H. DE TURENNE: *Retour de Corée*. París, René Julliard, 1951.

Retour de Corée es la obra conjunta de cuatro periodistas franceses enviados al teatro de operaciones por diversas agencias y periódicos de París. Del azar que los reunió a 20.000 kilómetros de su patria, de sus crónicas escritas a vuela pluma, han quedado estas páginas de sumo interés que nos brindan visiones diversas de la guerra de Corea y sus incidentes, ya que son cuatro los que las han escrito, sin que por ello resulte la obra reseñada un conjunto sin coherencia de impresiones vividas por distintas personas, escollo frecuente de estos trabajos en grupo. M. S. Bromberger ha sido quien ha asumido la delicada tarea de empalmar estos retazos de hechos y observaciones, confiriéndoles unidad merced a oportunos comentarios. No le falta a esta obra la nota de emoción que entraña el hecho de que uno de sus autores, M. J. M. de Prémonville, cayó mortalmente herido en Corea el 14 de febrero de 1951. Lo cual es una prueba más de que a nuestra época la tarea periodística implica un sentido del cumplimiento del deber que llega a veces hasta el sacrificio silencioso de la vida.

La obra reseñada se inicia con una muy oportuna cronología de los acontecimientos de Corea desde que, en diciembre de 1943, «nació» el paralelo 38º, hasta que, en abril

de 1951, Mac-Arthur fué destituido. Esquematisados los acontecimientos anteriores al paso del paralelo por las tropas de Kin Il Song, Presidente de la República Popular de Corea del Norte, los autores inician el relato propiamente dicho en la primera etapa de la guerra, cuando llegaron a Taegu en el momento preciso en que las unidades americanas establecidas en Corea del Sur y las tropas surcoreanas, barridas por el Ejército popular y los partisanos, se apeñaban a mantenerse en el famoso cuadrilátero Pohang-Taegu-Masan-Pusan, que hacía decir al general Walker que «ya no había sitio para retroceder más». *Retour de Corée* pinta un cuadro del estado de la moral de las tropas americanas en aquella época que justifican, en parte, hechos bien conocidos, como son, por ejemplo, los limitados deseos de combatir por unos motivos que no se le alcanzan del todo a un americano medio, y el desaliento producido por la escasez de medios materiales para hacer frente a esa sorpresa. La llegada, en 2 de agosto, de los famosos «Marines» (Infantería de Marina), y posteriormente los refuerzos masivos en hombres y en material (40.000 hombres y 50.000 toneladas de material bélico), fueron restableciendo una situación que había llegado a ser desesperada, pues a los

problemas de orden específicamente militar había que agregar los derivados de la afluencia de refugiados de Corea del Norte. «En el Sur, puramente agrícola, reina un paro espantoso, cada día agravado por la oleada de fugitivos, que son ya más de dos millones y medio», escribía P. Daudy en 15 de agosto de 1950. Pero paralelamente a este drama humano, un tanto descuidado acaso por las Naciones Unidas, sobre todo preocupadas de restablecer la libertad de Corea del Sur, Estados Unidos se esfuerzan por poner en marcha su máquina bélica. La operación fué lenta, «como es lento establecer una «cadena» en una fábrica dedicada a la producción en serie». Pero a finales de septiembre los americanos pueden empezar a poner en práctica sus métodos bélicos, prueba fehaciente de una riqueza económica que no deja de suscitar la admiración de los autores de *Retour de Corée*. «El método es conocido —escribe S. Bromberger—. Es el que se aplicó en Europa. Sin embargo, la potencia del fuego que he podido comprobar ayer en el valle de Haman, con motivo de una operación, al fin y al cabo, mínima, me parece rebasar en amplitud cuanto se ha hecho en el curso de la segunda Guerra Mundial...», «pero para desencadenar este «riego», cronometrado al segundo, en este modesto valle, se precisan formidables retaguardias en hombres y en espacio».

De la obra reseñada se desprende que tal vez haya sido el error fundamental de los americanos en Corea concebir esta guerra con visión grandiosa de los teatros de operaciones, sin someterse a los imperativos de la geografía, «sin tener en cuenta la táctica típicamente asiática de grupos pequeños, muy móviles, dotados de armas ligeras y de una alta moral, que hostigaban a las grandes unidades americanas y de pronto se desvanecían, dejando un vacío que tanto desconcertó al mando de las Naciones Unidas». Por otra parte, «las Naciones Unidas hacían en Corea una guerra de ricos que no quieren sufrir. Pero en Corea, si el adversario dispone de algunos medios, no se puede ganar la guerra, ni siquiera resistir en esas condiciones. La aviación y la artillería pueden destruir fábricas, pueblos, aglomeraciones; pero en un país montañoso y arbolado, donde los refugios naturales abundan, los hombres disfrutan de una protección natural eficaz. Hay que resolverse,

por tanto, a hacer una guerra de infantería, porque aún no se ha hallado el medio de sustituir al infante por una máquina. Esta guerra de pobres, pequeñas unidades..., los griegos, los franceses, los turcos, la conocen ya por no haber tenido nunca los medios para hacer otra. Han empezado a hacerla, y todo el mundo ha seguido». Todo el mundo siguió después de los crueles reveses del invierno 1950-51, en que las tropas de las Naciones Unidas hubieron de efectuar una retirada tanto más inesperada, que el 26 de octubre, después del victorioso desembarco de Inchon, la reconquista de Seul y la entrada en la capital de la República popular, las tropas de las Naciones Unidas alcanzaban la frontera china sin hallar resistencia alguna, sino un vacío que engañó al Mando y atrajo a las unidades lejos de sus bases, sin conexión entre sí, operando un tanto cada cual por cuenta. A esta etapa de embriaguez victoriosa siguió la tragedia de la retirada y el derroche de heroísmo de las unidades de «Marines», compuestas de 20.000 hombres cercados cerca del Yalú, más bien por pequeños grupos móviles de chinos y norcoreanos que por masas de combatientes chinos, cuya existencia ponen en duda los autores de *Retour de Corée*, entre otros motivos, por el hecho de que les hubiera sido imposible desaparecer como por ensalmo de ser tan numerosos como lo creía un pánico provocado por una táctica desconocida.

A partir de aquella fecha, la gran maestra de la vida, que es la experiencia, hizo que se modificaran totalmente los métodos americanos, en particular bajo el mando del general Rigway, nombrado en el puesto de Mac-Arthur, destituido, y al que, por cierto, los autores de *Retour de Corée* no dejan del todo limpio de los reproches de favoritismo y desvinculamiento de las autoridades metropolitanas. «En este país montañoso, las fuerzas de las Naciones Unidas habían de luchar en adelante por los vértices y las líneas de alturas.» De suerte que se volvió al método clásico de la guerra, lejos de la guerra relámpago, espectacular, o de la guerra industrializada, imposible de mantener en un país de escasas comunicaciones, donde «partisanos» armados con material ligero y dotados de una elevada moral combativa seguían dueños de las alturas, pese a los bombardeos masivos, aterradores,

de la aviación y la artillería. «La aviación y la artillería es algo muy bonito, pero finalmente hay que ocupar el terreno», hacía observar a uno de los autores de *Retour de Corée* un oficial americano.

Aunque la obra reseñada no presta primordial atención al aspecto político de la cuestión coreana, hay allí cuatro periodistas de ojos muy abiertos y mente ágil que señalan como un hecho en contra del Gobierno surcoreano su morosidad para llevar a cabo reformas sociales de una indiscutible necesidad, cual la reforma agraria. Junto a esta carencia del Gobierno de Shyngman Rhee, señalan los autores de *Retour de Corée* la escasa preparación de los oficiales de información americanos para la delicada tarea de sustituir en las zonas afectadas por la guerra al inexistente Gobierno, e implantar un esbozo de orden y de administración. La ignorancia de los americanos respecto al pueblo coreano es una nota triste de este libro de tensa emoción, palpitante de vida: costumbres, modos de ser, mentalidad, todo ello escapa a la nula perspicacia de los americanos, que contemplan el cuadro con ojos de asombro ante estas gentes que han perdido sus bienes, sus casas, sus familiares, en nombre de unos ideales cuya realidad tangible sólo les alcanza por el lado del dolor. En lo que respecta al mísero y mal equipado ejército surcoreano, los autores de *Retour de Corée* lo defienden contra muchas acusaciones de indiferencia o traición por su valor y conformidad humilde frente a la carencia de la Intendencia, de los servicios sanitarios y demás organizaciones de un ejército moderno. No dejan de señalar que «no hay enlace suficiente entre los combatientes coreanos y americanos», por lo cual, se desprende de esta obra, la guerra de Corea ha perdido de su sentido nacional para tomar el cariz de una lucha de Potencias occidentales contra Asia, por encima del cuerpo calcinado y destrozado de una Corea trashumante que va del Norte al Sur y del Sur al Norte, hambrienta, helada, enferma,

«una población de viejos, de mujeres y de niños que han pagado con sus sufrimientos, desde el principio de la guerra, la impotencia de las Naciones Unidas».

Impotencia puesta claramente de manifiesto cuando China entró en escena. Mao Tse Tsung escoge el momento preciso en que, sin haber hecho nada para salvar al presidente de la República Popular, Norcoreana, con lo cual la independencia de Corea del Norte queda bien supeditada a la voluntad china, interviene a tiempo para no romper con los Soviets, que le hostigan para que tome parte en el conflicto. Mao Tse Tsung crea así una situación de compromiso que le deja las manos libres en Corea, sin perder de vista que las Naciones Unidas no pueden sostener indefinidamente una guerra que no puede ser resuelta ya por las armas, cual lo prueban las negociaciones sempiternamente en curso y sempiternamente sin resultado práctico.

Como puede observar el lector, muchas y muy interesantes lecciones se desprenden de este libro sincero, que confiesa no haber descubierto el misterio de lo que está situado detrás de ese telón de acero que se levantó un poco en Pyongyang. El hecho de reseñar sus puntos esenciales sin enlazarlos entre sí con los mil episodios interesantes que relata, descritos con agilidad, sencillez y un excelente ritmo periodístico —en particular el desembarco de Inchon—, puede prestar a la obra reseñada un tono de aspreza y crítica que no tiene. *Retour de Corée* no critica sistemáticamente nada. Cuenta lo que han visto cuatro periodistas curiosos, valientes y animados de un gran entusiasmo profesional. Y lo cuenta bien, con una exactitud confirmada por el desarrollo de los acontecimientos relacionados con esta guerra tantas veces incomprensible para quienes no conocen ciertas campañas coloniales, en particular la del Rif, con la que los autores de *Retour de Corée* no dejan de compararla.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.

P. M. S. BLACKETT: *Miedo, guerra y la bomba atómica*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1950. 316 páginas.

Nos llega ahora una obra que causó una enorme sensación en 1948, cuando fué publicada en Inglaterra. Y a pesar del tiempo transcurrido, su interés no es menor. Escrita por un renombrado científico británico, Premio Nóbel, que fué miembro del Comité consultivo de energía atómica nombrado en agosto de 1945 por el Gobierno británico, es, seguramente, una de las mejores exposiciones de la influencia fundamental que la bomba atómica ha tenido y aún tiene sobre la política internacional de nuestros días. No se trata de una obra científica, sino política; tampoco es una mera obra expositiva, sino un alegato crítico contra la política atómica anglo-americana, completado con una referencia a la política de la II Guerra Mundial en relación con la potencia de la nueva arma atómica.

El autor parte del hecho significativo de que el bombardeo ofensivo contra el III Reich, pese al enorme número de bombas ordinarias que fué arrojado, no logró producir un colapso decisivo ni de la producción ni de la moral civil, debiendo tenerse en cuenta que esta ofensiva aérea se desencadenó en la época en que Alemania estaba empeñada en una extensa batalla terrestre en la cual había sido ya decisivamente derrotada, habiendo sufrido enormes pérdidas de combatientes y de armamentos y equipos.

Y es de advertir, como lo hace el autor citando a Liddell Hart, que «Hitler, durante la época en que tuvo una inmensa superioridad en el poder de ataque con bombas, fué notablemente reacio a utilizarlas plenamente contra las ciudades de sus enemigos, y trató, en repetidas ocasiones, de conseguir una tregua de bombardeo de ciudades en los días de su máximo poder bélico» (página 20). Blackett afirma que «el papel principal de las Fuerzas aéreas alemanas durante la batalla de Inglaterra consistió en el ataque a blancos específicos industriales y militares» (pág. 27), y que «los fuertes ataques de área sobre las ciudades inglesas, que comenzaron a principios de septiembre, se anunciaron como represalias contra los ataques británicos contra ciudades alemanas»

(página 28); «Hitler no se decidió a realizar nuevamente fuertes ataques indiscriminados contra ciudades hasta la primavera de 1944, con la utilización, por vez primera, de las nuevas armas V-1 y V-2» (pág. 29).

Por el contrario, los británicos planearon una campaña de bombardeo estratégico como política a largo plazo, decidida con muchos años de antelación (pág. 33). «El primer ataque contra ciudades alemanas por bombardeos británicos parece haber sido contra Hannover, en mayo de 1940» (pág. 35). La respuesta alemana a estos ataques comenzó en septiembre de 1940. «En la primavera de 1942, el Gobierno de guerra británico ya había planeado una ofensiva de bombardeo devastadora contra las ciudades alemanas, con el objeto de dejar sin techo a una gran proporción de la población obrera alemana, esperando que, con ello y con el consiguiente efecto sobre la moral civil, se redujese tanto la producción como para provocar un colapso del esfuerzo bélico del enemigo» (pág. 38). Cuando la guerra europea se extendió a mundial, en la Conferencia de Casablanca de enero de 1943, se decidió la ofensiva de bombardeo combinada anglo-norteamericana con los bombardeos nocturnos británicos a zonas industriales y pobladas, principalmente, y los bombardeos diurnos norteamericanos. En 1944 fueron lanzadas un promedio de cien mil toneladas mensuales de bombas sobre las ciudades alemanas.

No obstante, estos bombardeos terroríficos no lograron impedir que la producción bélica alemana continuara aumentando. En 1944 la producción de aviones en el III Reich fué superior a la de la Gran Bretaña, y en relación a 1941, tres años más tarde, la producción alemana de tanques aumentó cinco veces. Como conclusión, afirma el científico británico (pág. 44) que «cualesquiera que sean las causas de la derrota alemana, ello no se debió seguramente al efecto directo del bombardeo sobre su programa general de armamento»; y todavía añade (pág. 48): «Los ataques en masa contra ciudades alemanas (que fué la principal contribución británica, tanto en el planteo como en la

BIBLIOGRAFIA

ejecución), aunque constituyó un gran éxito desde el punto de vista técnico, en las etapas finales, debe considerarse como un fracaso estratégico en lo que respecta a los efectos sobre la producción alemana, que fueron notablemente insignificantes». Por tanto, «la derrota alemana en la II Guerra Mundial fué debida primordialmente a sus enormes pérdidas de combatientes y material bélico producidas por las batallas terrestres, particularmente en el frente oriental» (pág. 50).

* * *

Tras describir el lanzamiento y la potencia de las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, Blackett indica que una bomba de plutonio tiene el mismo efecto destructor que unas 2.250 toneladas de bombas preatómicas convenientemente distribuidas sobre el blanco, y detalla que el raid de 9 de mayo contra Tokio, con bombas ordinarias, mató unas 80.000 personas, esto es, casi el mismo número que el ataque atómico contra Hiroshima, si bien la densidad de la población de ésta era cuatro veces menor que la de Tokio.

¿Por qué se lanzaron estas bombas atómicas sobre el Japón?

Antes que la bomba se usase, la mayor parte de los hombres de ciencia de la Comisión Franck probablemente tenían la persuasión de que la única justificación del uso de la bomba atómica contra el Japón hubiese sido una necesidad militar perentoria, y parece tenerse evidencia definitiva de que, a mediados de 1945, las autoridades norteamericanas no preveían ninguna situación desesperada. Stimson declaró que «no había en los planes anglo-norteamericanos de campañas militares contra el Japón nada que exigiese el uso de las bombas atómicas contra el Japón en los primeros días de agosto de 1945». Añádase, además, que, según el citado secretario de Guerra norteamericano, se sabía en los círculos estado-unidenses que el Japón hacía tentativas de paz mediante propuestas al Gobierno de la Unión Soviética. Efectivamente, en la reunión de 10 de junio de 1945, el Consejo Supremo de la Dirección de la Guerra japonesa, presidido por el Emperador, estuvo de acuerdo en la conveniencia de poner fin a la guerra, y el Príncipe Konoye estaba pre-

parado para ir a Moscú a negociar una paz en términos menos duros que los de una rendición incondicional, pero con instrucciones privadas del Emperador para negociar la paz a cualquier precio. No obstante, el 6 de agosto estalló en Hiroshima la bomba atómica. ¿Por qué?

La Unión Soviética declaró la guerra al Japón el 8 de agosto, conforme a lo acordado en Yalta. Los norteamericanos lo sabían, y por ello arrojaron la bomba atómica dos días antes. La razón del empleo de la nueva arma no era, pues, militar, sino diplomática. Así lo dice Blackett: «Podemos afirmar que no hubo razones militares imperiosas para decidir a emplear la primera bomba atómica el 6 de agosto en lugar de cualquier otro día de las siguientes seis semanas. Pero lo que se ve es una urgente razón diplomática relacionada con el equilibrio de fuerzas en el mundo de la post-guerra» (pág. 187). Suponiendo que las bombas atómicas no se hubiesen arrojado contra Japón, la proyectada ofensiva soviética contra Manchuria, pedida desde mucho tiempo atrás, hubiese logrado su objetivo de acuerdo con lo planeado y lo previsto por el Alto Mando Aliado, que conocía muy bien la gran superioridad de las fuerzas soviéticas en divisiones acorazadas, artillería y aviación; si las bombas no se hubiesen utilizado, Norteamérica hubiese contemplado el espectáculo de una lucha entre las fuerzas soviéticas y el grueso de las tropas terrestres japonesas, y como resultado, a aquéllas ocupando Manchuria, mientras las fuerzas terrestres norteamericanas no hubiesen llegado más cerca del Japón que a Iwo-Jima y Okinawa. Los norteamericanos tenían que eliminar de la lucha al Japón antes de que Rusia llegase, o por lo menos, antes de que la Unión Soviética pudiese hacer más que un atisbo de participación antes de que el Japón entrase en colapso. De este modo, afirma Blackett, «el estallido apresurado de las bombas en Nagasaki e Hiroshima fué un éxito decisivo en el hecho de que todos sus objetivos políticos fueron alcanzados plenamente. El control norteamericano del Japón es completo, y ahí no hay lucha, por el poder, con Rusia» (pág. 191). Los norteamericanos temían que las bombas no pudieran utilizarse en la guerra contra el Japón y se hubiese mantenido en secreto su existencia; era necesario

la utilización de las bombas y la publicidad para contener a la Unión Soviética.

En conclusión: «El uso de las bombas atómicas no fué tanto el último acto militar de la II Guerra Mundial, como una de las primeras grandes operaciones de la guerra fría diplomática con Rusia, que ahora se está desarrollando», afirma el científico británico (pág. 193).

* * *

«Es evidente que la única guerra posible en la cual pueden ser usadas bombas atómicas es aquella en la cual los principales contendientes fuesen los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética», afirmó hace cuatro años Blackett (pág. 78), que ya entonces consideró como período máximo para que la U. R. S. S. tuviera bombas atómicas el de cinco años. Durante este tiempo, la guerra mundial no se desencadenará, no sólo por la anterior circunstancia, sino además —decía el autor— porque «una ofensiva atómica de gran alcance contra una gran Potencia continental no tiene probabilidades de ser decisiva, por lo menos dentro de un período de cinco años» (página 94), dado que «seguramente hasta 1953, y muy posiblemente hasta 1958, no podrá llevarse a cabo ninguna campaña en gran escala de bombardeo a grandes distancias».

Según Blackett, aunque la Unión Soviética pensase que es políticamente conveniente arrojar bombas atómicas sobre los Estados Unidos, antes de hacerlo esperaría a tener acumulados unos cuantos miles de tales bombas, pero la magnitud de los problemas técnicos e industriales que ello representaría es tal, que se puede asegurar que pasarán muchos años antes de que Rusia disponga de una cantidad de bombas atómicas como para llevar a cabo un ataque eficaz contra ciudades norteamericanas. De modo, pues, que con sólo este fundamento podemos afirmar que un ataque atómico de la Unión Soviética contra los Estados Unidos no puede esperarse por muchos años (página 110). Además, el científico inglés considera que no hay razón alguna para que el Gobierno de la U. R. S. S. lanzase un ataque atómico contra los Estados Unidos, ya que asestar un fuerte, pero no decisivo golpe, contra un enemigo poderoso, sin poseer los recursos para hacer seguir ese golpe de

una invasión y ocupación de la nación misma, es correr hacia el desastre final, y aunque Rusia dominase en toda Europa, incluyendo a la Gran Bretaña, la invasión de América a través del Atlántico requeriría un enorme número de embarcaciones para transportar los millones de soldados necesarios, y además, el rechazo sería extremadamente fácil, ya que la superioridad aérea completa pertenecería a los defensores, y tampoco se puede considerar realizable un ataque a través del Pacífico a partir de los territorios más orientales de la Unión Soviética.

Pero si la III Guerra Mundial estallase, los norteamericanos usarían fácilmente de las bombas atómicas contra las ciudades rusas en las etapas iniciales de la guerra, ya que tiene mayores posibilidades técnicas, habida cuenta del hecho de que Norteamérica tiene ya acceso a bases desde las cuales ciertas partes de Rusia pueden ser eficazmente atacadas, como, por ejemplo, la cuenca del Donetz y Baku, desde Turquía o África del Norte; Vladivostok, desde el Japón; Leningrado, desde la Alemania occidental, Islandia o Groenlandia. Además —escribe Blackett— (pág. 113), «la opinión norteamericana, tanto de los círculos civiles como de los militares, en notable contraste con la opinión rusa, parece aceptar el uso de tácticas de destrucción en masa como una operación bélica normal», ya que se ve en la bomba atómica una respuesta al poder de los ejércitos soviéticos y la única respuesta que parece no necesitar de grandes operaciones militares de ultramar».

Mas, por otro lado, ¿cuál es el orden de magnitud del número de bombas atómicas que se requerirán para que esa arma desempeñase un papel decisivo en competencia con otras armas en una guerra entre dos grandes Potencias continentales? Habida cuenta de que todos los datos concuerdan en apoyar la afirmación de que para infligir a Norteamérica o a la Unión Soviética una desorganización industrial comparable a la que los aliados infligieron realmente a Alemania mediante el bombardeo ofensivo, se necesitaría una cantidad mucho mayor de bombas, dado que el número de bombas atómicas necesarias para producir resultados militares decisivos aumenta con el área y la población del país atacado. Y como en Alemania se arrojaron 1.350.000 toneladas

BIBLIOGRAFIA

de bombas ordinarias durante la II Guerra Mundial, sin haberse obtenido con ellas un resultado decisivo, y suponiendo que para producir la misma destrucción material se necesitasen cuatrocientas bombas atómicas, es evidente que el número de bombas atómicas necesarias para producir resultados decisivos en una guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética llegaría a los miles.

De todas formas, para el autor inglés, la Unión Soviética ha tomado precauciones por si se desencadenara esta guerra atómica, mediante el aseguramiento, por todos los medios posibles, de que sus fronteras militares efectivas se hallen lo más lejos posible del territorio nacional ruso. «No hay necesidad de buscar motivos ideológicos, aun cuando puede haber habido muchos o no, para explicar acontecimientos recientes en países de la Europa oriental limítrofes con la Unión Soviética. La posesión de bombas atómicas por parte de Norteamérica, y la amenaza implícita de su uso contra la Unión Soviética, es un motivo suficiente, aun cuando no el único, para hacer entrar dentro de la esfera de influencia soviética a Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania, y el mantenimiento decidido, por parte del Soviet, de su influencia en Austria y en Alemania oriental» (pág. 118).

Ante esta temida III Guerra Mundial, Blackett considera que si la Gran Bretaña adoptase una política de neutralidad armada y estuviese dispuesta a oponerse por la fuerza a las pretensiones de cualquiera de los principales contendientes de ocupar su territorio y usarlo como base contra el otro, es muy probable que tuviese éxito, pues su ocupación no sería un objetivo de importancia para ninguno de los contendientes. En caso contrario, si Inglaterra se alinease al lado de los Estados Unidos, es claro que, al comienzo de tal guerra, Francia e Inglaterra deberían soportar la mayor parte del peso de la batalla terrestre y transformarse en el principal blanco de las bombas atómicas en Europa, si no el único, mientras que Norteamérica se estaría ocupando de enviar ejércitos a Europa. Además, si una guerra de este tipo ocurriese, los anglo-franceses no deberían permitir usar bases atómicas en sus territorios, ya que existe la probabilidad de que las bombas atómicas no serían utiliza-

das contra las ciudades europeas de Occidente por una nación, cual la Unión Soviética, que dispone de grandes fuerzas terrestres con las cuales puede tener esperanza de capturar esas ciudades intactas.

Porque, y ésta es tal vez la conclusión más importante de esta obra, cualquier guerra futura en la cual Estados Unidos y la Unión Soviética fuesen los principales contendientes —y una tal guerra es la única gran guerra que merece la pena ser considerada— no será decidida, con toda seguridad, por el bombardeo atómico únicamente. Por el contrario, en esa guerra será inevitable una lucha encarnizada y prolongada en teatros que abarcarían gran parte de Europa y de Asia, lucha que involucrará ejércitos terrestres de muchos millones de hombres, enormes pérdidas militares y extensas guerras civiles.

* * *

He aquí un tríptico de cuestiones que hemos querido elegir dentro de las muchas, interesantes e importantes, que nos ofrece este libro. Discutibles algunas de sus tesis e interpretaciones, no obstante hay que reconocer el excelente contraste de sus datos e informes. También es de destacar la objetividad con que examina hechos pasados. Menor es, en cambio, su lucidez ante el futuro, al aceptar como dogmas palabras y actitudes soviéticas.

La que podemos denominar segunda parte de su obra, en la cual examina la bomba atómica y la Organización de las Naciones Unidas, la energía atómica como fuente de potencia para fines no bélicos, y sobre todo, con gran extensión, los planes para el control de la energía eléctrica, desde el Plan Baruch hasta el Plan soviético de control presentado por Gromyko, y los debates del Comité de energía atómica de las Naciones Unidas (págs. 131 a 288), en su conjunto no es sino una crítica de la política atómica norteamericana y una defensa de los puntos de vista soviéticos.

Con todo, es indiscutible el conocimiento profundo que demuestra de las cuestiones relacionadas con la política atómica de estos últimos años, y es innegable que proyecta nueva luz sobre determinadas actitudes norteamericanas a este respecto, algu-

nas de las cuales merecen nuestro asentimiento. Pero, de todas formas, su actitud es excesivamente parcial.

Su obra termina proponiendo un pacto de transacción entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. Si la energía atómica deja de considerarse de una manera aislada, esto es —dice Blackett—, si las bombas atómicas se consideran juntamente, no sólo con las otras armas de destrucción en masa, sino también con los armamentos comunes y los ejércitos terrestres, entonces es fácil ver que existen posibilidades para un arreglo aceptable, tanto para Norteamérica como para Rusia. Sobre esta amplia base, Rusia, con su fortísimo ejército terrestre, tiene algo que oponer a las bombas atómicas nor-

teamericanas en la mesa de las discusiones. Tomando en cuenta las armas comunes y las fuerzas armadas simultáneamente, no sería imposible llegar a un acuerdo para una reducción general de armamentos.

Ciertamente que la posesión por la Unión Soviética de armas atómicas —anuncio hecho con posterioridad a la aparición de la versión original de esta obra— invalida bastantes de las apreciaciones del científico británico. Pero aun sin este hecho, las tesis de Blackett muestran un excesivo candor ante las intenciones reales soviéticas y una desconfianza, acaso algo excesiva, sobre las norteamericanas.

LUIS GARCÍA ARIAS.

W. BEDELL SMITH: *Mis tres años en Moscú*.—Barcelona, Editorial Mateu, 1952, 267 págs.

Los libros de esta clase, sin ningún aparato científico ni erudito, son, por lo general, sugestivos. La dificultad del tema, interpretación de la realidad internacional reciente, se salva anecdóticamente con datos y descripciones que, si se seleccionan con buen criterio, pueden resultar muy interesantes.

En el que comentamos hoy, la perspectiva americana está patente a cada paso. La directriz, para muchos *slogan*, de su diplomacia—llevar la democracia al modo americano a todos los países para hacer libres a los pueblos— no tenemos que buscarla con sutilezas. Así, al opinar sobre la formación de un Gobierno unitario en Alemania, dice el autor: «Una excesiva concentración de poder es particularmente peligroso en un país como Alemania, que no tiene fuertes tradiciones que respalden los derechos del individuo ni los excesos del poder central.»

El teniente general Bedell Smith fué enviado a Moscú en 1946, cuando el comunismo internacional, Rusia al fin, no tenía enfrente más que al capitalismo, a los Estados Unidos. Como el concepto de libertad de uno y otro es distinto, y ambos son imperialistas, surgió la lucha. Al principio, inmediatamente después de su alianza en la II Guerra Mundial, no se entendían. Durante esta época de «incomprensiones», el embajador americano presentó una serie de Notas, que el libro recoge, tratando de ob-

tener aclaraciones, muchas veces contestaciones específicas, para alguna cuestión concreta.

Los capítulos más interesantes son los que narran, con gran detalle, cuatro acontecimientos internacionales que tuvieron lugar durante su representación en Moscú: el nacimiento de la Kominform, la separación de Tito, la Conferencia de Moscú y el bloqueo de Berlín. En cualquiera de estos momentos, ¿la diplomacia americana se vió desbordada por la rusa? Bedell Smith explica la táctica soviética. En primer lugar, la situación interior del país no influye en la exterior. En cambio, cuando en 1948, con motivo de las elecciones presidenciales norteamericanas, ciertas declaraciones de Wallace hicieron pensar en una desviación de la opinión en favor de la U. R. S. S. y dieron lugar a un aumento de la presión soviética en Grecia y Turquía, el embajador hubo de entrevistarse con Molotov para hacerle saber que ningún cambio en la política internacional acompañaría a la renovación del mandato presidencial.

Por otra parte, la Unión Soviética, con una política de hechos consumados, atacó en varios frentes a la vez. En la cuestión de Berlín involucró las siguientes justificaciones del bloqueo: dificultades técnicas para abastecer la población por parte de los occidentales, la cuestión monetaria, el excesivo predominio occidental en Berlín, que

BIBLIOGRAFÍA

se trataba de una medida de seguridad frente al nuevo Gobierno de Francfort, e incluso de un medio para forzar a las demás potencias ocupantes a llegar a unas negociaciones sobre estos problemas. Cuando éstas llegaron, Molotov exigió que junto al problema de Berlín se tratase del de Alemania entera.

El autor ve también cómo el programa comunista de dictadura terrorista, tras una etapa de revoluciones que permita el acceso del partido al Poder por cualquier medio, prosigue implacable, entretanto que los planes americanos ponen remedio, si es que lo ponen, a las situaciones concretas que crea el avance del comunismo.

Así, la U. R. S. S. llega fácilmente, cuando menos, a la posición de «tablas», como ocurrió en la Conferencia de Moscú.

A Bedell Smith le interesaba poner de manifiesto ante el pueblo norteamericano la realidad de la «democracia» rusa. Para ello dedica unos capítulos a hablar de la vida en Moscú. Es una lástima que la concrete en las preocupaciones domésticas de la Em-

bajada, llegando a ser el mismo tema motivo de la mayoría de las fotografías que ilustran el texto.

Estudia también la evolución y tendencias que se reflejan en el Politburó, en unas páginas dedicadas a los grandes personajes, donde se describen minuciosamente la historia y carácter de los hombres del Kremlin. Sus figuras se presentan perfilando la de Stalin, que es objeto de un capítulo especial. Stalin no es un dictador, pero su personalidad sobrepuja a la de cualquiera de la minoría que le rodea. El puesto que hoy ocupa «es inconcebible que pueda ser para cualquiera de los hombres descritos. Sus ropas le vendrían anchas». Sin embargo, a su muerte, estabilizado ya el Partido, no cabe pensar en una revolución a lo Trotsky.

Son muy curiosos unos textos del ministro americano en Moscú, fechados en 1852, colocados intencionadamente al comienzo de varios capítulos, para demostrar la unidad de criterio de la política rusa a través del tiempo.

EZEQUIEL CABALEIRO MARTÍNEZ.

DONALD C. MCKAY: *The United States and France*.—Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1951. 334 págs.

La pasada contienda ha convertido a los Estados Unidos en rectores de la política internacional y defensores del mundo occidental contra la creciente expansión de la amenaza comunista. El giro tomado por la política exterior americana ha sido ciertamente radical: del aislacionismo más exagerado, al más decidido intervencionismo en pro de un sistema de seguridad colectiva que agrupe a los distintos pueblos que hoy sienten sobre sí la amenaza rusa. Esta trayectoria seguida por los Estados Unidos tiene, sin embargo, una fácil explicación. En los primeros tiempos, a partir de la independencia, el pueblo americano se dedica a las tareas de reconstrucción del país y a desarrollar su poderosa industria. No quiere saber nada de los problemas internacionales, y practica un aislacionismo a ultranza, postura que les resulta cómoda y beneficiosa. Mas el programa cambia al surgir dos nuevas potencias con ansias expansionistas, Alemania y el Japón, y los Estados Unidos se ven forzados a intervenir en las contro-

versias internacionales. Al estallar la guerra del 14, toman parte en la misma al lado de los aliados, y si al terminar la contienda creen poder volver a su aislacionismo y a su neutralidad, tal idea es, sin embargo, bien efímera, pues otro nuevo conflicto bélico les envuelve, al igual que el anterior, y entre los aliados se encuentra ahora Rusia, y los manejos de los dirigentes del Kremlin en la etapa de la postguerra obligan a los Estados Unidos a situarse abiertamente en contra de tales designios y a formar un frente común con todos aquellos pueblos deseosos de defender la civilización occidental.

Ha pasado, pues, la época aislacionista, y los Estados Unidos se han dado perfecta cuenta de que el mundo ha cambiado de modo radical y no pueden vivir de espaldas a la realidad. Al defender al mundo occidental se defienden a sí mismos, y ello explica su postura actual. Nada tiene, pues, de extraño el que los temas internacionales estén a la orden del día y se publiquen

constantemente libros que hacen referencia a problemas y zonas de importancia vital. El presente puede considerarse dentro de dicha línea, y constituye uno de los tomos de la colección dedicada a estudiar la política exterior americana en relación con diversos países: Inglaterra, Oriente Medio, Asia, Rusia, América Central y del Sur, etc.

El autor, profundo conocedor de la vida y la historia de Francia, en la que ha pasado largos años, nos da una referencia exacta de las relaciones entre ambos pueblos. Francia, nos dice, tiene amplios intereses comunes con los Estados Unidos: culturales, políticos, económicos y estratégicos. En los dos siglos anteriores, estas relaciones han variado desde la guerra a la más íntima cooperación, siendo hoy, más que nunca, necesaria la colaboración y amistad entre ambos países, que han de vivir unidos dentro de un mismo sistema de seguridad colectiva, único medio de oponerse, con posibilidades de éxito, a las apetencias comunistas. El propósito del autor es, pues, el de contribuir al mejor entendimiento entre los dos pueblos, y para ello hace un resumido estudio de Francia, en sus diversos aspectos geográfico, histórico, cultural, político y económico, dedicando una buena parte a estudiar el tema de las relaciones franco-americanas desde los tiempos de la lucha por la independencia. A través de sus páginas destilan ante el lector hechos de gran trascendencia: herencia cultural del pueblo francés, recursos económicos, instituciones políticas, papel que Francia ha desempeñado en el mundo internacional, en el pasado y en la actualidad; la política francesa tras la guerra del 14; el desastre de 1940, la ocupación, el Gobierno de Vichy, De Gaulle y la resistencia, hasta llegar a los momentos presentes, en que la política francesa oscila sin cesar, poniendo en peligro con ello el porvenir del mundo civilizado.

Los Estados Unidos consideran a Francia como pieza indispensable en la defensa del Occidente, y si al terminar la última guerra el país quedó casi destrozado y arruinada su economía, el Plan Marshall ha contribuido sobremanera a que se operase una franca recuperación, en cierto modo neutralizada por los manejos comunistas y la lucha en Indochina, donde sus tropas se ven impotentes para contener el avance comunista y el problema rebasa la órbita nacional para

convertirse en problema de alcance internacional. Hay que considerar que, si cae Indochina, no tardarán en seguir su suerte Birmania, Tailandia, Malaya, etc.

Si en los días que siguieron a la terminación de la última contienda se hablaba en Francia de neutralismo y de una tercera fuerza, ello es explicable por la crisis que el país atravesaba y por el temor ante una lucha, existiendo entre amplios sectores de opinión la ingenua creencia de que, en un futuro conflicto entre Estados Unidos y Rusia, el país pudiera permanecer neutral. Hoy tal idea apenas cuenta con partidarios, y se impone una política más realista. Francia ha de situarse al lado de los países que defienden a Occidente, y los Estados Unidos procurarán ayudarla en lo posible para que cumpla de modo eficiente la misión que le ha sido encomendada. Ya en este plano de colaboración, necesaria en este caso, el autor nos habla de los lazos que unen a franceses y americanos, ambos defensores de la civilización cristiana occidental, a la que han contribuido con sus ideas y con su experiencia. Durante siglos enteros, los franceses han sido los grandes creadores de ideas que han servido de modelo a las instituciones americanas y han dejado profunda huella en su cultura. Los descubrimientos de sus hombres más representativos han servido de base a los avances técnicos y económicos de los Estados Unidos, y los nombres de Lagrange, Laplace, Leverrier, Poincaré, en Matemáticas y Astronomía; Lavoisier, Ampère, los Curie, en las ciencias físico-químicas; Cuvier, Lamarck, Claude Bernard, Pasteur, en Biología y Medicina, son más que suficientes para demostrar el papel desempeñado por Francia.

Por otro lado, los intereses de tipo económico juegan, a su vez, un papel no despreciable, y los Estados Unidos necesitan la recuperación de la industria francesa, buen cliente para sus mercados. No existe, en opinión del autor, razón alguna para que ambos pueblos no se entiendan. Los franceses ayudaron a los americanos en su lucha por la independencia; los americanos, a su vez, ayudaron a los franceses en la guerra contra los alemanes en dos ocasiones consecutivas. La amistad tejida durante largos años sigue en pie, sin que ello quiera decir que la misma no haya atravesado momentos difíciles, y el señor Mackay nos lo

BIBLIOGRAFIA

prueba así en un capítulo dedicado a estudiar estas relaciones durante los dos siglos anteriores. Hay un paralelismo entre la evolución de las dos naciones, si bien de signo contrario. Los Estados Unidos pasan, de una simple colonia inglesa, a convertirse en la nación más poderosa del mundo, y en este largo intervalo pueden señalarse tres fases perfectamente definidas: aislacionismo en el periodo inicial, apartamiento voluntario de los problemas de Europa y colonización del resto del país. A finales del siglo XIX, y tras la guerra con España, los Estados Unidos inician su acción en la escena internacional como factor de primer orden, conscientes del peligro que significa para ellos una Europa dominada por una sola potencia. De ahí su participación en la guerra del 14. La pesada contienda inicia el tercer periodo, al destruirse el anterior equilibrio y crearse un nuevo orden de cosas, en el que dos Potencias extraeuropeas, Rusia y los Estados Unidos, son los principales protagonistas. Ello obliga a los americanos a una formulación radicalmente distinta de su anterior política exterior.

La historia de Francia durante los pasados siglos, está igualmente llena de dramatismo; pero el drama tiene, en su caso, caracteres de decadencia. En acusado contraste con las colonias americanas, Francia ocupa una posición destacada en el mundo. La revolución acabaría con los restos del antiguo régimen, y una ola de fervor nacionalista iba a aglutinar a todos los franceses en defensa de la patria amenazada contra ataques exteriores. Los excesos de Napoleón hacen que los Estados Unidos saluden con alborozo la reinstauración monárquica; mas la cooperación entre los dos países dura poco ante la actitud intervencionista de Luis XVIII, principalmente en España, y el deseo de convocar un Congreso en el que se trataría de una

intervención europea para devolver a España sus antiguas colonias americanas. Es en estos momentos cuando el ministro inglés de Asuntos Exteriores Canning propuso a los Estados Unidos iniciar una acción conjunta para conjurar tal peligro; mas el entonces Presidente Monroe, adelantándose, envió al Congreso su famoso informe, en diciembre de 1823. Desde entonces acá, la doctrina monroísta ha sido una de las constantes de la política exterior norteamericana, y es posible que su sola enunciación sirviera para que Francia desistiera de sus propósitos ante la inminencia de una intervención americana.

Puede decirse que en el libro del señor Mackay no queda hecho de importancia sin reseñar: la política exterior de Napoleón III, la efímera conquista de Méjico, la actitud americana, sus relaciones con la tercera República a raíz del hundimiento del Imperio en la guerra franco-prusiana; la apertura del Canal de Panamá; el asunto Dreyfus; la alianza franco-rusa; la Entente Cordiale, y el nuevo acercamiento de Estados Unidos y Francia hasta la guerra del 14. En la tradicional amistad franco-americana ha habido de todo, con periodos de intensa colaboración y de franco apartamiento, hasta llegar a los momentos actuales, en que los Estados Unidos renuevan los envíos de dólares a Francia con la sana intención de oponer un sólido baluarte a los avances del comunismo.

En el último capítulo se trata el tema de la posición de Francia y de los Estados Unidos en el mundo de la postguerra, tan complejo y tan lleno de dificultades, que obliga a los pueblos libres a una estrecha cooperación si quieren salvar los valores de la cultura occidental.

JULIO MEDIAVILLA LÓPEZ.